

CELIA CASTRO CASTELLS

NADO LENTO



Primera edición

Octubre de 2025

Del texto

© Celia Castro Castells, 2025

De la cubierta

© Rocío Romero, 2025

www.instagram.com/laotrarous

De esta edición

© Macleín y Parker, 2025

Pasaje Lagunas de Ruidera, 6

41701 Dos Hermanas, Sevilla

www.macleinyparker.com

Edición y corrección

Macleín y Parker

Diseño de la colección y maquetación

Antonio Abad (Macleín y Parker)

Impresión

Estilo Estugraf Impresores, S.L.

Impreso en España / *Printed in Spain*

ISBN: 978-84-129077-8-0

Depósito Legal: SE-1908-2025



Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com).

NADO LENTO



BARBECHO

BARBECHO: Terreno de labor que no se siembra durante uno o dos años para que la tierra descanse o se regenere.

Me siento frente a la mesa de mi médico de cabecera. Me pregunta el motivo de mi visita sin apartar los ojos del ordenador, mientras termina de anotar algunas cosas del paciente anterior.

—Quiero información sobre cómo ser madre.

Ahora sí me mira. Se ajusta las gafas y parpadea un par de veces. Le enumero las dudas que quiero que me aclare sobre los tratamientos de reproducción asistida. Si lo cubre la Seguridad Social. Cuáles son los requisitos. A dónde debo dirigirme.

Mi médico no sabe las respuestas. Sale de la habitación para preguntar a compañeros y vuelve pasados unos minutos. Nadie en el centro de salud lo sabe. Soy la primera en muchos años que acude preguntando por esto, parece. Las que tienen dinero preguntan en las clínicas privadas. Me mira como si la pregunta estuviera fuera de lugar. Al médico se viene si te duele algo, no porque quieras ser madre, parece pensar.

Ser madre. De momento es solo una posibilidad. Una entre muchas otras. La posibilidad de no serlo nunca. La de viajar alrededor del mundo. Adoptar un perro de tres patas. Comprar una caravana. Cientos. Hasta ahora siempre he elegido el plan B. La maternidad podía esperar. Esperar al momento adecuado. Esperar a estar segura de

desearlo de verdad. Ese instante exacto en el que desaparecen las dudas y sabes a ciencia cierta que no te arrepentirás jamás. Pero ese instante no termina de llegar. No sé si estoy preparada ni qué tipo de madre sería. Me gustaría seguir pidiendo el comodín, la prórroga, un tiempo extra para pensarlo. Sin embargo, la biología. La decisión está a punto de tomarse sola mientras yo miro para otro lado. Por eso he venido a informarme. Informarme no es tomar una decisión. Solo estoy estudiando las variables.

Me derivan al área de Fertilidad del hospital.

—Allí te informarán de todo —dice mi médico.

Semanas más tarde acudo a la cita en el hospital. La Seguridad Social apuesta por ti si eres menor de cuarenta, si no conseguiste embarazarte de manera natural con tu pareja, si es que no la tienes o sois lesbianas. A las que están fuera de esas categorías no les queda otra que buscar una clínica privada, no son una buena inversión para el gasto público, es mucho mejor construir un Eurovegas.

De momento, entro en el grupo de las afortunadas. Me explica resumidamente el procedimiento: pruebas, seis inseminaciones y, si no resulta, *in vitro*.

La doctora me pregunta algunos datos y abre un expediente a mi nombre. Da por hecho que tengo un objetivo claro, que si he venido hasta aquí es porque quiero ser madre. No me atrevo a decirle que, de objetivo claro, nada de nada, que yo estaba estudiando las variables. Me lo callo. Siempre puedo hacerlo más adelante, para parar aún hay tiempo, así que la dejo seguir con el curso del procedimiento. Me concierta citas para las pruebas iniciales. Me

repito internamente que hacerme las pruebas sigue sin ser una decisión. Es solo estudiar las variables más a fondo.

—Una pregunta —digo antes de salir—: ¿Cuánto tiempo puede durar este proceso hasta la inseminación?

—Es largo, no puedo darte plazos exactos.

—¿Qué significa *largo*?

—Calcula dos o tres meses, por lo menos.

Casi vomito en su bata blanca inmaculada. Dos meses pueden parecer mucho tiempo si estás esperando unas vacaciones, pero no para esto. Yo había oído que podías pasarte un año en la lista de espera. Un año está bien para pensar y decidir. Dos meses es poco, es menos que poco. Solo vine a informarme, pero ahora temo que, si no salgo pronto de aquí, me iré ya embarazada. ¿Se lo pongo en una bolsa o se lo lleva puesto? Quizás eran ciertas aquellas historias de que podías preñarte si te metías en una piscina donde algún salido se había pajeado. De pronto, embarazarse resulta fácil, algo al alcance de la mano, no lo que le ocurre a otras mujeres, sino algo que puede ocurrirme a mí en un par de meses. Yo embarazada. Yo con un ser creciendo dentro. Yo pariendo. Yo madre. Igual ha sido un error. Esos yoes no cuadran conmigo. No puedo imaginarme.

Aun así, salgo con mis citas bajo el brazo. Las pruebas médicas son tres: analítica de sangre, citología y una tan difícil de pronunciar que rebautizo como supercalifragilisticoespialidoso.

—Buenos días, tengo cita para una histero... histerosal...

La mujer del mostrador me sonrío cómplice.

—Histerosalpingografía. No te preocupes, yo tardé meses en decirlo de un tirón.

Me preparan para la prueba de imagen con contraste con la que comprueban que no haya obstrucción en mis trompas de Falopio. Las enfermeras me tratan como una abuela que te da bizcocho para merendar. Me hablan con palabras amables, me llevan del brazo, me sonríen. Abuelas armadas con un espejito. Me han hecho quitarme la ropa y ponerme una bata de quirófano. Me tumban en una camilla.

—Procura relajarte —dice la que acaba de cogerme una vía mientras su compañera me abre como a una vaca con el espejito e introduce el líquido de contraste en mi útero.

Un mes después vuelvo a estar sentada frente a la doctora para comunicarme los resultados.

—No hay signos de infertilidad, aunque tu reserva ovárica es inferior a lo que cabría esperar por tu edad.

Reserva ovárica. Me imagino a mis óvulos apiñados en un reloj de arena, donde ya se han consumido la mayor parte. Había tomado estas pruebas como un trámite rutinario. Pensé que todo estaría en orden. Reserva ovárica baja no es lo que se espera de alguien joven. Claro. Es que ya no soy joven. Solo yo sigo pensando que lo soy. Que todavía puedo hablar en futuro. Cuando tenga un trabajo estable, cuando tenga mi casa propia, cuando esté preparada para ser madre. Futuro futurible. Nada de presente, el presente es otra cosa, el presente es elástico, permite probar cosas nuevas, equivocarse, volver a empezar. Aún hay tiempo para todo lo demás, sigo siendo joven. Pero no, para la doctora que tengo en frente hace tiempo que dejé de serlo. La naturaleza no cree que treinta y seis años

sea buena edad para ser madre. La biología dice que ya debería haberlo sido y, si no, quizás es mejor que pase del tema. Yo en cambio no he encontrado el momento. La biología y la vida se han desconectado. Cada una va en una dirección. ¿Cómo voy a unir las?

—¿Me costará quedarme embarazada?

—No tiene por qué. La estimulación con hormonas ayudará.

No puedo seguir esperando a que llegue el momento adecuado. El momento adecuado son los padres. Nos convencieron de que el orden de logros no podía alterarse: universidad-trabajo-pareja-hijos. Pero quién logra hoy cuatro de cuatro. Y yo todos estos años diciendo que ya llegará el momento, tomando precauciones para evitar un embarazo accidental sin saber que mi reserva ovárica ya estaba tomando medidas por su cuenta. Tanta marcha atrás, tanto condón innecesario. Quizás he esperado demasiado y ya no hay forma de revertirlo. O puede que si me doy prisa aún tenga alguna oportunidad. Pero cómo tomar una decisión como esta con prisas. Necesita su tiempo. Tiempo. Tiempo. Es como si tuviera la palabra en mayúsculas tatuada en la cara interna de los párpados, la veo cada vez que cierro los ojos.

Intento volver a lo que está diciendo la doctora.

—¿Perdón?

Fechas. Está buscando fechas disponibles para el siguiente paso. Comenzar con la estimulación ovárica de cara a la primera inseminación. Y entonces lo hago. Reclamo mis derechos. Levanto mi mano y pido la palabra.

—Solicito mi barbecho.